

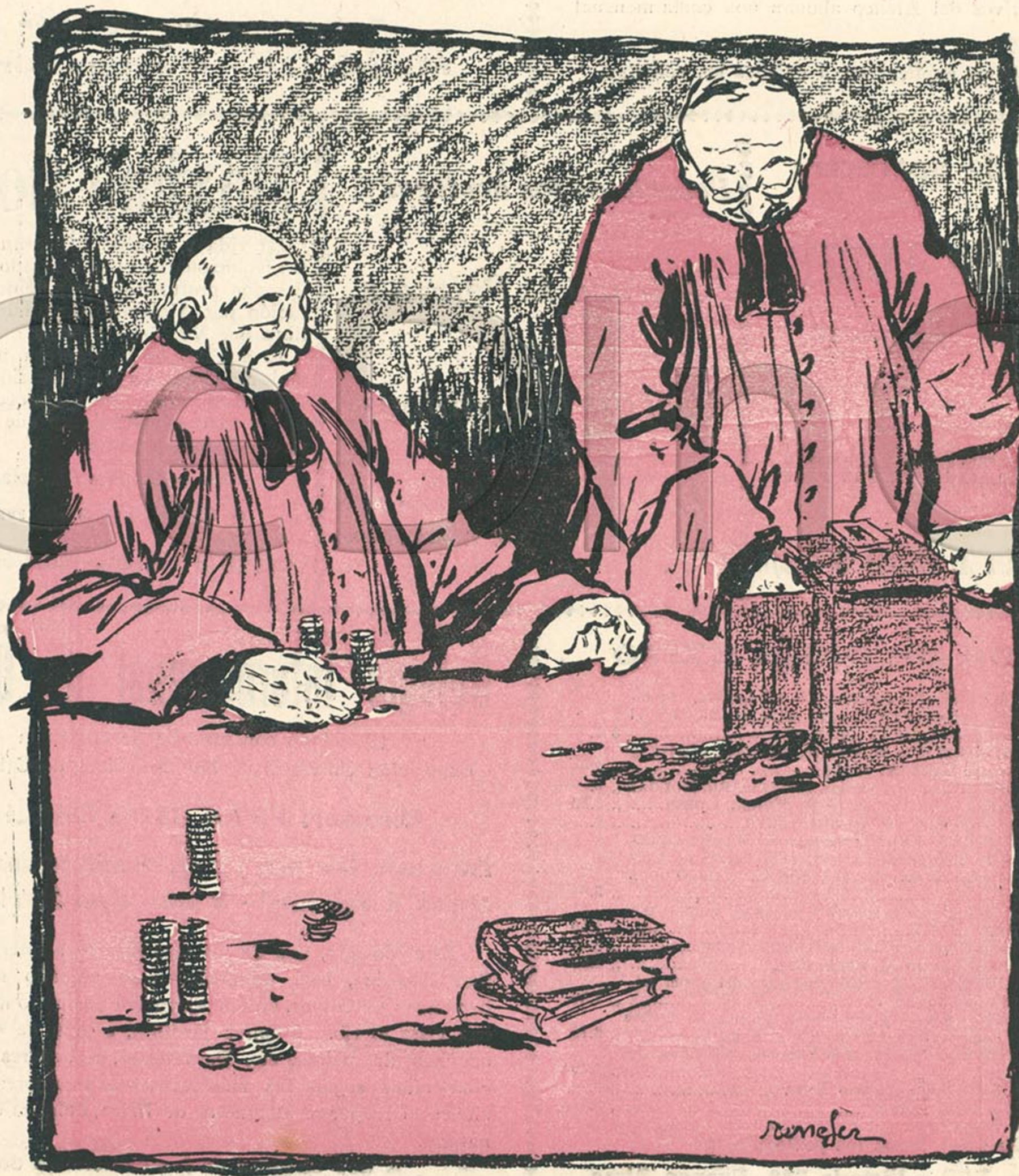
Clarín

Precio del ejemplar
\$ 0.10

Buenos Aires, Diciembre 16 de 1919

Año I - N.º 8

La gran colecta nacional



La última etapa.

Ateneo Universitario

Fundado en Abril de 1914

EL ATENEU UNIVERSITARIO es una institución de estudios, absolutamente desvinculada de la política—en cuanto esta es sólo función electoral—y de todo sectarismo partidista.

Se propone estimular los estudios de interés general que traspasan los dominios de las especializaciones científicas, profesionales y técnicas.

Organiza anualmente un curso de conferencias, y lleva a cabo entre sus socios, ciclos intensivos de estudio.

Maipú 126

Los socios activos del Ateneo abonan una cuota mensual de dos pesos.

Se remiten folletos explicativos a quienes los soliciten.

Acaba de aparecer:

PROTASIO LUCERO

(un porteño en provincias)

por

B. González Arrili

De venta en todas las librerías \$ 2 m/n

Estudio de los doctores

Alfredo L. Palacios

y

Carlos N. Caminos

LIBROS DE GRAN ÉXITO

- EL PROBLEMA SOCIAL. Del egoísmo a la solidaridad. Apuntes ideas y reflexiones de un utopista sobre el actual y el futuro Régimen Social, por C. JUGARPO..... \$ 1.-
- LA ESCUELA DRAMÁTICA, Monólogos, diálogos, poesías y conversaciones por SARA A. MERLO..... 2.-
- LLAMAS EN LA NOCHE, nuevas poesías, de BELISARIO ROLDAN..... 2.-
- LA CASA DE TROYA, estudiantina de A. PEREZ LUGIN..... 2.50
- ELEVACION, nuevos poemas de AMADO NERVO..... 2.-
- EVITEMOS LA GUERRA SOCIAL, seguido de «El antimaximalismo», «Sobre la libertad de pensar», «Por tierras de Córdoba», y otros escritos periodísticos, por C. VILLALOBOS DOMINGUEZ..... 3.-
- EL BOLCHEVIQUISMO ante la guerra y la paz del mundo, por LEON TROTSKI..... 2.10
- PLENITUD, el mejor libro de prosa de AMADO NERVO..... 2.-
- LA MUERTE, por MAURICIO MAETERLINCK..... 1.50
- NOSOTROS LOS JOVENES, El Problema sexual del joven soltero, por HANS WEGENER..... 1.50
- EL NACIONALISMO CATALAN, Su aspecto político, los hechos las ideas, los hombres, por A. ROVIRA y VIRGILL..... 2.10
- LA SUEGRA DE TARQUINO, la primer novela picaresca de JOAQUIN BELDA..... 1.50
- LA MUJER MODERNA, por AMADO NERVO..... 2.-
- ANTOLOGIA de la Revista HEBE..... 2.-

Diríjense todos los pedidos a la

EDITORIAL TOR - Victoria 788, Buenos Aires

Nuestra revista "LECTURAS" que aparece mensualmente, conteniendo un resumen de los mejores libros que se publican en España y América, se envía gratuitamente a quien la solicite.—Pídala hoy mismo.

Clarín

PUBLICACION SEMANAL DEL ATENEU UNIVERSITARIO

APARECE LOS MARTES

Suscripción semestral: \$ 2 m/n. Número suelto: 10 cts.

No se atienden pedidos que no vengan acompañados del importe correspondiente

Redacción y Administración

Maipú 126 - Buenos Aires

Máximo Gorki

La vida y la obra del gran escritor y revolucionario ruso han sido estudiadas con profundo conocimiento y admiración por Alejandro Castiñeiras en un libro que Vd. debe conocer.

El análisis de la vigorosa personalidad de Gorki ha dado ocasión a Castiñeiras para que dé a conocer el ambiente revolucionario ruso que hoy interesa el mundo entero.

En todas las librerías

a DOS pesos m/n

Viamonte 1538

U. T. Juncal 4901

(Publicación de la Cooperativa Editorial Buenos Aires)

Colegio Internacional de Olivos

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de San Francisco de California)

Director: FRANCISCO CHELIA

Alumnos pupilos, Medio pupilos y externos - Enseñanza secundaria y primaria Incorporado al Colegio Nacional - Se preparan alumnos durante las vacaciones

Este Colegio, uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las barrancas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de Football, canchas de pelota, etc. Dormitorios, comedores y clases construídas según las más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinetes de física, química e historia natural.

A dos cuadras de las estaciones de

OLIVOS (F. C. C. A.) y BORGES (F. C. B. A. y. R.)

Número del teléfono: 90, Olivos

Clarín

Aparece los martes

REVISTA SEMANAL

Redacción y Administración
MAIPU 126

La ilusión política

por

Leopoldo Hurtado

APROXIMÁNDOSE la renovación parlamentaria, con su correspondiente agitación electoral, conviene recordar al soberano elector unas pocas verdades, venerables en su vetusta antigüedad, pero siempre oportunas en la ocasión.

Es en las Pláticas (Apomnemonematoon) donde Sócrates critica, en un diálogo delicioso, la política electorera, o sea el gobierno a base del cultivo intensivo del voto. Glaucón, joven ateniense, deseando llegar a los cargos del gobierno, no perdía ocasión de dirigir la palabra al pueblo, sea cual fuere el motivo que lo hubiere congregado; sus parientes y amigos no conseguían desviarlo de su desdichado empeño, por más que emplearan a menudo la persuasión y el ridículo; hasta que Sócrates lo toma un día y entabla con él la conversación siguiente: «¿Es cierto, pregunta, que tienes la intención de llegar al gobierno de la ciudad? Glaucón contesta afirmativamente. Entonces, Sócrates, lo alienta con el elogio: De todo proyecto que un hombre puede forjarse, le dice, es sin duda el más bello. Glaucón, halagado por la lisonja, se entrega manso al examen; y ya comienzan las preguntas socarronas, que nadie podía esquivar: ¿Pensarás, por tanto, aumentar y asegurar el bienestar del pueblo, acrecentando al mismo tiempo su riqueza? Sin duda, contesta el interpelado. ¿Sabrás, entonces, cuáles son las rentas del estado, y el medio de mejorarlas; habrás hecho un hondo estudio de la economía del país?—Primer asombro de Glaucón.—¿Sabrás, pues, defenderlo, llegado el caso, conocerás perfectamente las fuerzas con que cuenta, y las de las ciudades vecinas?—Nueva sorpresa.—¿Conocerás al menos, las condiciones de trabajo de los ciudadanos, para estar en condiciones de mejorarlas?... Sócrates continúa así enumerando el programa elemental de todo hombre de gobierno, y poniendo de manifiesto la incapacidad política de Glaucón, cuya única habilidad consistía en hablar al pueblo, y hablarle mucho, para que éste lo encumbrara a la situación ambicionada. Termina Sócrates mandándolo a su casa a que estudie y se haga un buen ciudadano.

Por suerte para nuestros políticos, hace ya bastantes siglos que el feísimo filósofo dejó de decir verdades a los candidatos del Atica, pero sería verdaderamente útil resucitarlo en el recuerdo de sus diálogos en esta época, fértil en habladores populares y en charlatanes de congreso, por no decir de feria.

¿Quién los oyera hablar, creyera que de ellos depende la salud del país! Garantizan a todos, mediante la taumaturgia del voto, el

disfrute de la felicidad perpetua; la urna vendría a ser la nueva lámpara de Aladino, a cuyo conjuro se congregarían los genios benéficos de la nación, o el anillo mágico de los cuentos infantiles. Sólo ellos sabrán gobernar; sólo ellos están dispuestos a sacrificarse por el bien público: déseles una banca y se verá...

Se le creyera de buena fe la dorada promesa, si no se descubriera a poco andar que toda aquella agitación bienhechora no es más que sordida «guerre de boutique»; porque, en efecto, el político sólo consentirá en salvar al país siempre que lo voten a él; de lo contrario no vacilará en vaticinarle su pérdida, para que el pueblo se convenza, con el desastre, del error electoral.

Si él resume, por rara coincidencia, todas las virtudes cívicas, no hay criminal más peligroso que el político que milita en el partido de al lado; como que en su monopolio del bien, no ha dejado nada para los demás. Así se achacan mutuamente los vicios imaginables, demostrándose, con cómico fánón, las respectivas hipocresías.

Pero en lo que están de acuerdo entre ellos, es en la necesidad ineludible de que el pueblo vote. ¡Ay del pueblo que no vote! Sobre él descargan, con ira sonora, las más proféticas maldiciones. No hay desprecio suficiente para derramarlo sobre los reacios a los milagros del comité; atribuyen a la falta de voto todos los males de la sociedad actual, del propio modo que la gente de sotana achaca las desdichas públicas, a la deserción de los hombres de la iglesia. Como que en ello les va el pan, no conciben descreídos de la panacea; falsedad evidente, pues nunca estuvo mejor gobernado este país que cuando el pueblo no votaba. Entonces se ejercía la voluntad de unos pocos, más o menos capaces, mientras que ahora dependemos de la incapacidad general. Y no caen en que, si antes era posible criticar y aún derribar del gobierno a los malos gobernantes, por ser unos usurpadores, ahora no cabe murmurar de ellos desde que son la emanación legítima de la voluntad popular.

Se dirá que el voto en sí nada vale; pues exige una correlativa instrucción y cultura popular; pero éste es uno de los círculos viciosos de la democracia, pues es fácil observar que con un pueblo culto e instruido, cualquier forma de gobierno es buena. Por lo demás, si vamos a esperar, para la mayor eficacia democrática, el advenimiento de la sabiduría popular, podemos postergar la solución del problema para un futuro infinito, tan quimérico como el advenimiento del reino de Dios.

Pero el político no tiene por qué detenerse en esas pequeñeces. El pueblo es el que vota; luego él es la fuente de todo bien y de toda verdad. ¿No va, por ventura, a consagrarse? De tener algo de rectitud, sólo podrían ser políticos los que triunfaran, pues el rechazo popular constituiría, de acuerdo con su lógica, la inapelable descalificación.

Viene luego la demagogía servil, en que se le dora la píldora al pobre soberano para que lo retribuya en sufragio, cortesana más vil, si se quiere, que la pretérita del favor real, porque en un rey cabe, puede suponerse, la posibilidad de que acierte con el hombre adecuado, cosa que está excluida de hecho de toda democracia. De modo que ningún hombre de positivo valor, va a ir a mendigar el favor público sabiendo la incompetencia de quien lo otorga, sino que deja tal baja para los mediocres que lo necesitan, con lo cual la política conviértese en la profesión de los ineptos.

Se ha querido distinguir últimamente, creo que con Unamuno, entre esta política, que dominan algunos política criolla, y la otra, la alta política, que consistiría en realizar obras de provecho, de valor cultural, etc. Distingo falso evidentemente, puesto que se apoya en un sofisma que podría plantearse así: Un político debe hacer obra cultural; escribir un libro es hacer obra cultural; luego el escritor de un libro es un político. La falsedad del silogismo reside no sólo en su vicio lógico, sino en que de resultar cierto, los únicos que no harían política serían los llamados específicamente tales, desde que son los únicos que no ejercen ninguna acción cultural.

Y es que no sólo no la ejercen, sino que la estorban. Véase como infiltraron de política, que es infiltrar de mezquindad, el movimiento cordobés del año pasado, y como quisieran hacer cosa análoga con el actual conflicto mendocino. Bastó la sola sospecha del móvil político para que el prestigio de tales movimientos sufriera pérdidas irreparables. Conviene apartarse de estos magos fatales, que enlodan todo lo que tocan.

Esto es lo que el soberano debiera tener en cuenta, cuando lo soliciten los postulantes del sufragio, ya sean los ungidos de la santa regeneración, o los rosados optimistas del socialismo, o el oportunismo sospechoso de los pregresistas. Porque se trata de tres cosas distintas y un sólo mal verdadero: la finalidad del gobierno por el gobierno mismo, por el simple afán de medrar. Debemos relegar todos los ismos, de una vez para siempre, al montón de las cosas inútiles, más aún cuando representan la mera sensualidad del poder.

Que suban a su altísimo, ya que ello es inevitable, pero que sea en medio de la general rechifla, y no con el incienso de la consagración del pueblo.

La hora presente

por

Luis María Jordán

NO pasa un día en esta babilónica ciudad de Buenos Aires sin que le pregunten a uno qué opina de los movimientos sociales que agitan el mundo y cual es su juicio acerca de la posible evolución ulterior de todas estas cosas.

El error consiste, a mi modo de ver, en pensar que esto del maximalismo es una cosa nueva, como lo son los sobretodos con presilla o los impertinentes de las señoras. (A lo mejor ni siquiera hemos inventado eso, nosotros, los hombres modernos).

Creo que toda la vida y siempre han existido los maximalistas. Aquel Luzbel que no estaba muy de acuerdo con el poder omnímodo y un poco solemne de Tata Dios y que por decirlo en voz bien alta, fué arrojado al abismo luego de haberle hecho nacer dos cuernos en la frente, es uno de los más antiguos y célebres maximalistas. Un clásico del partido, como lo es Homero entre los literatos y Moisés entre los judíos. Casi preferiríamos decir el Adán de una larga familia de revoltosos.

Qué otra cosa también si no un maximalista «de facto», como se dice en los protocolos internacionales, fué aquel Caín que, condenado a mitad de ración por las violencias paternales prefirió deshacerse de su hermano, cometiendo así el más imperdonable de los crímenes?

Y luego, dejando la leyenda de las fábulas para entrar en las fábulas de la historia, ¿qué eran sino maximalistas todos aquellos individuos que, descontentos con un régimen social determinado, trataban de cambiarlo, echando mano para ello de todos los medios buenos o malos que las circunstancias pusieran a su alcance?

¿Acaso, Sócrates, no era un maximalista? ¿En el verbo de cuál de estos modernos revolucionarios hallaremos un más dignificante amor hacia los hombres que en las páginas del *Fedón* o en los párrafos de la *Apología*? Y Jesús de Nazareth, pobre diablo salido de una humildísima familia de pescadores, ¿qué otra cosa era sino un maximalista que, a falta de la imprenta o del telégrafo utilizaba las correas de su látigo para arrojar de las puertas del templo a los mercaderes enriquecidos?

No olvidemos que todos aquellos cristianos de la iglesia primitiva fueron continuos modificadores del orden social establecido y que hasta la túnica de lino con que se cubría el cuerpo de los neófitos, hasta las misteriosas y nocturnas escenas de ágapes y catacumbas, tenían un significado evidentemente revolucionario.

La iglesia, dentro de su mismo seno, ha tenido centenares de maximalistas, entre los cuales es necesario contar a Don Martín Lutero, aquel bárbaro del norte que cometió el error de ponerse en pugna con pontífices artistas, sensuales y un poco pervertidos que, a fuerza de amar todo, recitaban versos de Anacreonte y comentaban con sus mancebas los instructivos cuentos de Boccaccio.

Y los matadores de Carlos de Inglaterra, ¿no eran acaso maximalistas? Y los que un siglo más tarde hicieron en Francia el escándalo de la «Libertad, Igualdad, Fraternidad», ¿no fueron acaso conspicuos e importantes miembros de la secta maximalista? Bien es cierto que todos ellos habían bebido en la copa de Juan Jacobo y ya sabemos las lindezas que decía este desfa-

chatado de las «Confesiones», en aquellas sus páginas inmortales en las que aparece ya, como tallado en bronce, el estupendo escritor que todos admiramos.

Y casi no vale la pena de seguir buscando a través de la historia la filiación de estos maximalistas.

En rigor de verdad yo no sabría ni cómo definirlos ni acaso me atreviera a condenarlos. Ellos no están contentos con el orden social establecido y creen que es necesario empujar la pobre humanidad hacia otras rutas en la que la vida sea más amable y cariñosa con los hombres.

Posiblemente están en un error, pero de cualquier modo parece que en el fondo de todo ello frotara un sentimiento de bondad y una ansia, bien lógica por cierto, de que esta gran familia de bípedos dotados de palabra, lleguen algún día a tolerar con la misma indiferente amistad con que en el fondo de las selvas se toleran hasta los leones del desierto.

Llámense maximalistas, aristócratas, plutócratas, fanáticos, iluminados o lo que sea, lo justo es creer que algún día este planeta, que es tan bello, será poblado por una raza de criaturas mejores que nosotros y para quienes nuestros errores serán tan grandes, que acaso no nos alcance su perdón.

Yo de mí, sé decir, que a pesar de todo, sigo queriendo mucho, como poeta y como hombre, a aquel delicioso predicador del bien, que por hablar de amor a sus hermanos, fué clavado en la cruz.

Ni Libertad...

HEMOS vivido hasta la guerra bajo el encanto de tres palabras que nos parecían el símbolo definitivo de la convivencia social y como el resumen de una larga lucha que con la proclamación de los derechos del hombre (de que las tres palabras eran síntesis) había terminado para siempre. Algo nos intranquilizaba: el hecho de que, pese a la solemne proclamación, la lucha continuaba, pero lo atribuíamos al estorbo de un régimen moribundo cuyas sacudidas nos afirmaban en nuestra creencia de haber dado con la fórmula definitiva del bienestar de la humanidad entera. La guerra en que fueron a dar las instituciones, la ideología y las ilusiones del siglo XIX, ha puesto en evidencia el carácter meramente transitorio de aquella, como las anteriores fórmulas, en que la humanidad ha creído que podía descansar: el triángulo simbólico de Libertad-Igualdad-Fraternidad ha resultado ser una fórmula más de marcado carácter interino y cuya utilidad histórica no ha ido más allá de la destrucción de un régimen que había de desaparecer. Vemos hoy claramente que como símbolo de la vida nueva es pequeño y debe ser sobrepasado por más amplios ideales...

Libertad: ni psicológicamente se expresa con esta palabra el régimen de la personalidad humana que en lo inconsciente y en el determinismo tiene la mayor parte de su explicación, ni sociológicamente puede ser regla de vida, puesto que quien dió

la primera fórmula de la libertad la limitaba, primero por el imperativo categórico y luego por la libertad de los demás. Bien lo hemos visto cuando en la libertad se han fundado principios económicos tan falsos como los de la escuela de Manchester y reglas jurídicas tan absurdas como las que permiten el enriquecimiento monstruoso de unos pocos sobre el empobrecimiento de los más; en la libertad se ha fundado la Iglesia para reconquistar en la enseñanza y en la política un predominio que se creía desvanecido para siempre; de la libertad ¡del trabajo! se amparan los que niegan al obrero el derecho de fijar el precio de su esfuerzo; a la libertad invocan los que contra un régimen de democracia quieren fundar la dictadura de una clase, de arriba o de abajo. Así necesitamos que sobre la libertad esté la justicia y que ésta, con sus órganos naturales, uno de ellos y quizá no el primero, el Estado, encuadre los esfuerzos individuales para que desaparezca la tiranía de uno, de muchos y aún de todos, mal disfrazada con el nombre de Libertad.

Igualdad: Vino a su tiempo para destruir privilegios históricos, pero a poco de declarada ya tuvo que limitársela con la ley. ¡Como si con detalles de técnica legislativa pudieran resolverse los graves problemas que la palabra planteaba! La igualdad como negación de la prepotencia de un hombre, de una clase, de una raza, de un sexo, es cosa deseable, pero como afirmación de un modo definitivo de vivir de las consecuencias que estamos palpando: en lo jurídico con un régimen que desconoce el derecho a vivir del que carece de fuerza para imponerse en la sociedad; en lo moral con sanciones falsas que impiden al individuo acentuar su modo de ser; en lo económico con una creciente separación de pueblos y, dentro de éstos, de clases. La Igualdad debe ser sustituida a toda prisa por la proporcionalidad, que es otra forma de la Justicia.

Fraternidad: Principio cristiano que nos hacía a todos hijos de un mismo Padre, si no ha podido triunfar cuando el Padre existía, menos ha podido dar frutos después que tal paternidad ha sido negada. Ni tampoco, ya que de metáforas familiares se trata, el amor entre hermanos tiene la importancia real que el amor entre hombre y mujer, el de padres e hijos. Si un principio afectivo debe ser invocado en las relaciones sociales, la fraternidad, la compasión, la ternura, deben ser tenidas en cuenta, pero absorbidas por un principio superior: la bondad que es en el fondo también un aspecto de la Justicia.

El triángulo famoso se ha desvanecido desde que ni la Fraternidad ha impedido la guerra más atroz y cruel, ni con la Igualdad se ha llegado a establecer un «modus vivendi» soportable y con la Libertad en los labios se ha fundado un régimen de esclavitud y de clase al cual se opone otro (libertario se llama) que implica también la prepotencia de algunos o de muchos.

El triángulo no fué más que un símbolo con el que pudo contentarse el siglo XIX, pero ya se ha visto que dió de sí todo lo que pudo dar, que no fué mucho. Y ahora a otra cosa.

Carlos Malagarriga

La prensa es como esos teatros hechos para dar espectáculos diurnos con luz artificial; todo su objeto es evitar que penetre la luz del día para que no extinga la luz escénica.

ALBERDI.

“El Castigo” y la ofensa a Jaurés de Leopoldo Lugones

por

Arturo de la Mota

HAY algo más en el curioso artículo, de que hablábamos el otro día en CLARÍN. Dice don Leopoldo Lugones a propósito del asesinato de Jaurés, glosando un pensamiento suyo de aquel momento: «El criminal anticipa a Jaurés el tiro que él mismo habría tenido que pegarse». Esta suposición nos parece antojadiza y además una injuria a la memoria del glorioso orador francés. ¡El Jaurés, con su formidable temperamento de luchador, su inteligencia equilibrada y su gran alma estoica, pegarse un tiro, cuando la Francia, su dulce Francia, su querida Francia, lo necesitaba más! Es una blasfemia semejante suposición. Y perdonémosle la impertinencia de llamarla así. Es desconocer toda la vida y la obra del hombre. Dentro del terreno de las conjeturas, lo lógico, lo natural, es que al otro día se hubiera puesto al servicio de la defensa nacional. No creemos en «la confianza ingenua de Jaurés» de que se ha hablado tanto.

Jaurés fué, acaso, el francés a quien más preocupó el conflicto, que comprendía se acercaba día a día y que él hacía esfuerzos inauditos por evitar. No creemos tampoco que Jaurés se engañaba. Pero sí sabía bien que Francia no podía tener un ejército permanente como la Alemania imperialista. Pero en cambio podía preparar sus milicias ciudadanas. Eso quería Jaurés. Trabajaba por la paz, pero no olvidaba que al otro lado del Rin estaba la nación militarista. No lo engañaban los socialistas del kaiser. Su libro «L'Armée Nouvelle» es la prueba evidente. La guerra le ha dado la razón íntegra y así se ha puesto de manifiesto en una forma terminante en el proceso al asesino del grande orador. El señor Lugones debe conocer ese proceso, si no lo conoce. Es necesario que lo conozca. Ello le evitará hacer tales afirmaciones que son imperdonables por lo caprichosas. Y si lo conoce, ellas obedecen entonces a no sé qué motivos personales que no queremos examinar aquí porque no nos interesan. En el proceso de que hablo, se puso de manifiesto, como ya lo he dicho, que el general Joffre, después de la derrota de Charleroi, aplicó la táctica defensiva de Jaurés, que el estado mayor francés, formado por profesionales, no quiso nunca comprender ni practicar. Entre las declaraciones de políticos, de militares, de personalidades eminentes, que intervinieron en aquel proceso, transcribo una, la del propio ministro de la guerra en aquel momento trágico de la Francia, M. Massimy. Dice así:

«Estábamos de acuerdo con él cuando decía en todas circunstancias que era preciso que la unión fuese total, completa, confiada, ciega, entre el cuadro de oficiales y la nación; cuando afirmaba que era imposible que marchasen a la victoria si subsistía el menor malentendido, el más pequeño divorcio entre los jefes y sus soldados. Estábamos de acuerdo con él cuando decía que era preciso que los oficiales fuesen elegidos en la élite de la nación, cuando afirmaba que en una gran democracia libre es necesario que el jefe se imponga sobre todo por su saber, y que sólo el saber afianza su autoridad sobre los que están bajo sus órdenes. Estábamos de acuerdo con

él cuando decía que no se debía secuestrar las cuestiones militares.

Estoy seguro, y lo afirmo bajo la fe del juramento, que ese hombre se habría entregado sin reservas a la defensa nacional y habría llenado en ella un papel no sólo considerable, sino capital. A menudo, acordándome de los acontecimientos trágicos de ese principio de guerra trágico, he pensado que si en el mes de agosto de 1914 Jaurés hubiese sido, ya ministro, ya simple diputado, hubiera venido a decirnos al presidente de la república, al presidente del consejo, a mí mismo: «Ved, las predicciones mías se realizan todas; el envolvimiento por las masas del ejército alemán se ha realizado, como lo habéis visto, con la toma de Lieja. Vais a ver ahora al enemigo arrojarse sobre París. Y ya que desde aquí, desde París, existen vistas más generales, rogado al gran cuartel general renuncie a su ofensiva a ultranza y pongámonos a la defensiva, porque así, más tarde, podremos efectuar la concentración ofensiva que nos permitirá poder reunir todos nuestros esfuerzos.

Tengo la convicción de que con todo su poder, con toda su fuerza, con toda su audacia de pensamiento hubiera aportado a la defensa nacional la contribución más activa, más eficaz y más útil».

A continuación, contestando a una pregunta de Paul Boncour, revela que Joffre, después de la derrota de Charleroi, no hizo sino aplicar los conceptos de Jaurés.

«La noche de Charleroi, o, más exactamente, al día siguiente, el general Joffre me dirigió un largo telegrama en que exponía el fracaso del plan ofensivo que lo había guiado hasta esa fecha, y en que bosquejaba, no en detalle, sino a grandes rasgos, la retirada de sus ejércitos sobre la línea del Somme. Además, indicaba, con una palabra, que si esa retirada no bastaba, sería llevada más allá, como en efecto tuvo lugar. Y como lo ha hecho observar muy atinadamente el abogado que me hace esta pregunta, esto es exactamente el plan que Jaurés ha trazado a grandes rasgos en su libro «L'Armée Nouvelle».

Transcribo, además, la declaración del general Petain, defensor de Verdún, condenado por la victoria del Marne. Dice:

«En lo que respecta a las teorías de Jaurés, seré breve, ya que en mi opinión todas ellas derivan de una idea maestra: el estado del ejército permanente no es el único que pueda proporcionar la fuerza.»

Si considero las lecciones de la guerra, veo que el estado mayor tenía por idea maestra que es preciso tener cuantos más hombres posibles del ejército activo y muy pocos reservistas. Ahora bien—y esto es historia—: al iniciarse el conflicto, nuestra primera ofensiva en Alsacia se efectuó con el cuerpo del ejército, más el éxito no ha respondido a sus esfuerzos. En la batalla de Morhange, ¿cuál es el primer cuerpo que

Así se explica que los que hoy pasan por liberales, no proceden en política sino de los mismos medios en que se servían cuando pasaban por jesuitas.

ALBERDI.

flaquea?; el 20.º, de Nancy. He aquí, por consiguiente, dos cuerpos del ejército, compuestos de más hombres del ejército activo que de reservistas, que no logran la victoria. Veo, en cambio, un cuerpo de ejército, el 15.º, que se hallaba cargado con todos los pecados de Israel. Me acuerdo de una carta de Joffre en que me decía: «Os envío este cuerpo de ejército, pero no os fiéis mucho de él». Estaba en apuros; lo empuñó a fondo, y es el único cuerpo de ejército que haya tomado una bandera y arrebatado cañones.

Saco de ello como conclusión que el reservista o el territorial, cuando está ejercitado, tiene absolutamente el mismo valor que un hombre de ejército activo. Por consiguiente, hay que emplear las reservas, hay que lanzarlas adelante, hay que formar masas con ellas, y es el único cuerpo de ejército que haya tomado una bandera y arrebatado cañones.

La ley de tres años había sido hecha con el propósito de llevarnos un poco atrás, hacia un ejército de oficio; tratábase de lograr el máximo de reenganchados, muchos conscriptos voluntarios, y de no utilizar las reservas. En varias circunstancias he tenido en mis manos los distintos planes de movilización y de concentración. ¿Qué he visto en ellos? Un plan en el cual cada cuerpo de ejército era duplicado. Después de la ley de tres años, que nos daba más hombres que la ley de dos años, ¿qué hemos visto? Menos hombres empleados en primera línea que en todos los planes precedentes».

Pero hay algo muy curioso en esta declaración. La táctica que Jaurés preconizaba era la retirada ante la avalancha, pero sostenía además que los puntos de apoyo como Verdún, no debía abandonarse así no más. Petain está en Verdún. Joffre le ordena retirarse. Petain ha leído a Jaurés y desobedece la orden. «Desobediencia sublime» ha sido llamada. Escuchemos a Petain:

«Tomé el mando del ejército el 31 de agosto. El primero de septiembre, como todos los comandantes de ejército, recibí la orden general siguiente: «Os replegaréis sobre la línea 2». En ese momento me hallaba al norte de Verdún, y me era ordenado ir hasta Barle-Duc. El 2 de septiembre, nuevo retroceso; yo no debía detenerme en Barle-Duc, la retirada era más amplia, el frente de los ejércitos, desde la derecha hasta la izquierda, se jaloneaba por las localidades de Nogent-sur-Seine, Bars-sur-Seine, Brienne y por mi ejército en Yoinville. Yoinville se halla a 60 kilómetros de Bar-le-Duc, casi a la altura de Saint-Dizier.

Esta orden, que me fué dada tres días antes de la batalla del Marne, implicaba fatalmente que Verdún debía ser abandonado a sus propios recursos, puesto que yo me replegaba ampliamente a 80 kilómetros. No ejecuté entonces completamente la orden, porque estimaba y estimo aún que una plaza fuerte no debe ser abandonada. Girando en torno de mi derecha, que tenía establecida en Verdún, siempre he tratado de hacer frente al enemigo. La experiencia de la guerra ha demostrado que tenía razón. Antes de la batalla que tomó el nombre de Marne, pude permanecer en Verdún. Durante la batalla del Marne y después, todavía estaba en Verdún».

Así, pues, que no hubo tal «monstruoso error que entregaba al militarismo alemán la Francia mal defendida». Pero la increíble ofuscación del señor Lugones llega al colmo, cuando afirma que los socialistas, los nacionalistas, los clericales, los reaccionarios, se coaligaron en la discusión de la reforma electoral francesa contra la mayoría republicana. ¿Que los socialistas, los clericales, los nacionalistas, estaban de acuerdo en la discusión a favor del sistema

proporcional y los republicanos en contra? ¡Pero, si es claro, señor Lugones!

Los socialistas, los clericales, los nacionalistas, eran minorías y a todas las minorías resultaba conveniente el sistema proporcional. En cambio, los republicanos eran mayoría, y, por lo tanto, gobernaban, y por eso también se oponían. Lo criticable no era, pues, la actitud de las minorías que reclamaban un sistema equitativo, sino la de los «republicanos», que por el hecho de ser mayoría se oponían a ella. La razón es sencilla. Los republicanos preferían el sistema de elección por distrito a simple mayoría o mayoría absoluta, porque así obtenían todas las bancas y las minorías ninguna. De que el sistema proporcional es el más equitativo y el más justo, no hay tratadista serio de doctrina constitucional que se atreva a negarlo. Los que lo combaten suelen hacerlo por razones «circunstanciales» o «locales». El único tratadista de «doctrina constitucional», que piensa lo contrario es el señor Lugones, digo, de los más conocidos.

Y ahora, resumiendo. De modo, pues, que don Leopoldo Lugones estaba equivocado, que la tal derrota electoral no existía sino en la mente suya, que el socialismo francés no ha sido «castigado a muerte por el desastre que es el desprecio público». Su aparente derrota es el fruto de una

maniobra política de los «republicanos» y de M. Clemenceau. Maniobra que don Leopoldo Lugones, apolítico, defiende tan calurosamente. El socialismo francés ha quedado más vigoroso que nunca después de la guerra. ¿Qué puede, pues, importarle la pérdida de unas cuantas bancas? Entendemos, que no hemos injuriado aquí al señor Lugones. Si algo de lo que se dice pudiera ser considerado como tal, tendríamos que convenir en que hemos traicionado nuestros sentimientos y nuestros deseos mejores.

Pero, es el caso que los hombres de nuestra generación, de esta generación de la guerra que trae sobre sus hombros el peso de una responsabilidad enorme, con un porvenir preñado de incertidumbres, vemos con dolor que el maestro, a quien hemos seguido con tanto cariño y tanto amor, viene desde hace un tiempo enfrentándose a todas las fuerzas vivas de la nación y del mundo, sirviendo así por contragolpe a la reacción y llevando la desorientación y la incertidumbre a los espíritus nuevos de los hombres jóvenes. Y bien: frente al maestro, entonces. No es de ese lado, de donde ha de venir la solución, probablemente, pues según la feliz expresión wilsoniana: «la vida brota de la tierra».

Arturo de la Mota

La moral aluso

Ética del aviso

por

Francisco Romero

EN uno de sus ensayos trata Spencer de la ética comercial. Son páginas instructivas porque nos hacen ver cosas que hemos visto... sin verlas. Los hombres están hechos de tal modo, que en lo que menos reparan es precisamente en aquello que pasa ante sus ojos todos los días: adaptación a las circunstancias, se dirá. El don plástico, la aptitud de acomodación, es una virtud, sin duda, pero funesta. Hace poco tiempo, en cierta oficina donde me hallaba, un empleado nuevo maniobraba trabajosamente en una máquina de sumar; otro, ya práctico, le enseñaba. El nuevo admiraba y envidiaba la rapidez operatoria del otro. A mí me daba lástima este hombre que aprendía a mecanizarse, así, tan ingenuamente; que iba sustituyendo la libre actividad de sus músculos por una serie de movimientos automáticos. El hábito economiza gastos enormes de energía, es la caja de ahorros del cerebro; pero el exceso de «profesionalización» es una de las cosas más temibles. Bajo una aptitud de estas, el hombre se pierde y es inútil buscarle ya. Vivir es adaptarse, pero cada adaptación roba algo al porvenir. Toda superioridad es una suerte de inadaptación, y la civilización puede definirse, un poco paradójicamente, como... la adaptación del medio al hombre.

El ensayo de Spencer no agota el asunto, ni mucho menos. Antes bien, olvida aspectos muy interesantes de la cuestión. Los fraudes que trae a cuento son menos importantes que la determinación de los límites lícitos del comercio; casi todo el comercio actual es injustificable desde el punto de vista de la utilidad general, es parásito. La producción adolece de vicios originales por el estilo. La frase «buscar mercados» acusa una monstruosa prioridad de la oferta sobre la demanda, cuando, en todo orden

de cosas, la necesidad sentida debe ser anterior a los productos que la satisfacen (1). Las excepciones son aparentes. El individuo ineducado y semisalvaje del campo, no siente la necesidad de lavarse; si se le acostumbra, sí la siente. Aquí—podría objetarse—el jabón es anterior a la costumbre de usarlo, y esta anterioridad es benéfica. No es así. Si el campesino no sentía la imperiosa necesidad de la higiene, alguien la sentía por él, y esta necesidad era anterior al jabón.

Señala Spencer como razón de la inventada rapacidad de los comerciantes, el afán de riqueza. Si hubiera tenido en cuenta los vicios generales aludidos, habría visto que el mal radica en ese mismo individualismo preconizado por él; los vicios de la producción y del reparto consisten, ante todo, en una inadaptación a la función que han de cumplir, y esta inadaptación la causa el interés personal del productor y del comerciante, que buscan a todo trance su provecho, sin pensar si la actividad que desarrollan llena o no sus fines. En otros dominios de la actividad privada—en las llamadas carreras liberales, por ejemplo—el individualismo no es tan funesto, porque la cultura es más frecuente y, por lo mismo, suele haber una comprensión del conjunto que guía la acción más desinteresadamente, en el sentido del bien común. En el comercio, en la industria, donde el individuo no alcanza otra cosa que el propio interés, y el más directo e inmediato, el equilibrio se establece por la competencia y no por la

coordinación de los esfuerzos, es decir, a costa de rozamientos continuos y de incalculable derroche de energías.

El aviso tiene un valor sintomático; la existencia misma de la propaganda declara estas fallas del sistema, como un ruido anómalo acusa un defecto de ajuste en la máquina. Si la producción respondiera a la demanda, hallaría salida sin solicitudes al comprador, como una masa de agua por conductos suficientemente capaces, y la propaganda sería ociosa. Si el comercio se limitase a ser el indispensable intermediario entre el fabricante y el que consume, tampoco tendría razón de ser el anuncio. Pero se pretende colocar mercaderías fabricadas sin atender a las necesidades reales, cosas a veces inútiles y aún dañosas, pero productivas; se quiere que el comprador acuda a un sitio, y no al lado, o enfrente, donde otros venden lo mismo. Y comienza la propaganda a hacer de las suyas. Hay todo un arte complicado, sabio, de convencer al cliente presunto. Unas veces es la sugestión continua y breve, casi el mandato. El transeunte lee la frase conminatoria en el tranvía, en las paredes, en la mesita mientras toma el té; se constituye una especie de idea fija, con la consiguiente tendencia al acto, que es comprar lo anunciado. Otros explotan la afición pueril a dijes y amuletos, fomentando ridículas supersticiones vergonzantes, negadas a veces, pero muy reales en el fondo. Y, sobre todo, se miente descaradamente, en letras de a metro, con afirmaciones desvergonzadas en que nadie cree, en particular, pero que cumplen su propósito. Es la mentira con método, sistemática, y, lo que es peor, admitida como cosa natural y legítima. El transeunte de la ciudad vive como en su medio propio entre los innumerables anuncios que lo ensucian todo. En el peor de los casos, cuando el embuste es demasiado impudente, sonríe, sin acordarse siquiera de los millones que eso cuesta y él paga. Esta mentira continua, no sólo degrada a quienes la emplean, sino que es ofensiva para los demás. Nos supone una dosis de candidez tan exagerada, que es casi un insulto. Uno anuncia en liquidación cien mil sobretodos, que se ve no cabrían en su tenducho ni aún prensados. Otro ofrece la piedra imán que da la suerte: ¿por qué no la fuente que da oro, el pájaro que habla y el árbol que canta? «El periodismo y la política—decía en uno de sus últimos artículos Benjamín Taborga (núm. 452 de «El Hogar»)—tienen esta semejanza común: que gozan de un poder admirable para despojar del contenido que encierran a los vocablos de más rica significación...» En un dominio más casero, la propaganda no tiene nada que envidiarles en eficacia corruptora. La costumbre influye para que neguemos importancia a estas falsedades. Pero, de transigir con ellas, habrá que inventar palabras nuevas: de tal manera las actuales se van haciendo inexpresivas y difíciles de entender, ya que las veces en que significan lo que deben van siendo las menos. Recordemos lo dicho al comenzar estas líneas. Aquí la adaptación es perjudicial: no nos adaptemos, pues, no admitamos la costumbre, antes obliguemosla a acordarse con nuestro modo de sentir, a adaptarse a nosotros. Así haremos civilización,—si aceptamos la definición un poco paradójica dada más arriba.



(1) "... el consumo—o, dicho de otra manera, la satisfacción de las necesidades—es sin duda alguna la sola razón de ser de toda la actividad económica." (Gide: «Econ. Pol.») Este principio, tan evidente, tan razonable, es en realidad infringido por el anárquico régimen productor actual que produce, y luego trata de crear las necesidades. Como el del epigrama, que hizo, los pobres primero y el hospital después.

Significación humana del «cocktail»

por

Roberto Gache

EL cocktail es la primera manifestación de la depravación humana. La depravación—forma indispensable de nuestro perfeccionamiento espiritual—es un proceso regular y necesario que comienza en el hombre apenas deja de ser niño. La naturaleza nos hace imperfectos; el mundo nos modifica y nos mejora. Nacemos—no es un misterio—con una vértebra de más, que luego se nos atrofia. Perdemos así una cola—porque se trata evidentemente de una cola—que, a pesar de su posible utilidad, constituiría un feo e inoportuno adorno agregado a nuestras gracias. Si el mundo—la vida, mejor dicho—no rectificara nuestro destino, seríamos, pues, cuando adultos, unos raros animales parlantes y con cola, más feos acaso que el mono mismo, puesto que nuestra cola, por lo que es posible suponer, sería una cola sin pelos.

También en lo moral nacemos imperfectos. Nacemos con moral de más, excesivos, insociables, absolutos hasta el dolor. Luego los años nos corrigen y nos purifican de nuestra inútil virtud original. La vida, así, nos desmoraliza hasta llevarnos al punto de la justa depravación. Una prudente y limitada depravación de costumbres que hace a la vida amable y a los hombres más buenos y felices.

El cocktail es, a no dudarlo, la primera fase de esta metamorfosis. En los primeros instantes de la nubilidad hay un solemne minuto en que entramos en un bar y pedimos, balbucientes aún, un cocktail. Nosotros no hemos necesitado, en verdad, de ese cocktail en esa hora. Nadie necesita lo que no conoce. ¿Por qué, entonces, después de agitada y honda reflexión, hemos entrado aquel día en aquel bar y hemos pedido temblorosos el primer cocktail de nuestra vida? Es que ha sonado la hora de nuestra depravación. El instinto nos ha conducido. Tal como pierde el embrion su rabo inútil a través de su evolución, nosotros perdemos nuestra virtud a medida que nos hacemos hombres.

Es cocktail es, desde luego, el elemento más simple y por excelencia primario de la depravación. Es un elemento puramente formal y externo, parte simple de una mera posición física, casi sin arraigo espiritual ninguno. El hombre que se deprava comienza, en este primer momento, por adoptar la posición de la inmoralidad. Le vemos así entrar en el bar, pedir el cocktail, cruzar las piernas, echarse el sombrero atrás y silbar un aire de moda. Es el ensayo de la forma. Los vicios de los hombres tienen todos sus formas dadas, precisas y consagradas. Porque, en el vicio, la forma tiene casi tanta importancia como en la virtud.

Después pasan los años. La vida nutre nuestro vicio como una madre bondadosa y sabia. Cada día que pasa somos más perfectos en nuestra depravación, más justos y exactos en la medida de nuestra inmoralidad. Llegamos, así, a ser inmorales sin dañar a nadie, sin estorbar a nadie. Hacemos de nuestra propia vida un escándalo tranquilo, una serena rebelión que engaña nuestra angustia y sofoca nuestro enojo. La inmoralidad—la ilusión de la inmoralidad—está así en la base de nuestra dicha. Es la forma visible de nuestra libertad. Un hombre que se emborracha es,

las más de las veces, un hombre libre que no quiere volver fresco a su casa.

Recurso de escándalo fácil, barato y sencillo, el cocktail sigue siendo luego a través de la edad la forma predilecta de nuestra inmoralidad. Pero en las edades adultas la significación inmoral del cocktail es ya más compleja. El hombre, el rebelde, ahonda entonces sus conocimientos, penetra en reservada y personal erudición el secreto de mil combinaciones portentosas, complica en fin su rebelión ingenua... ¿No os habéis sentado alguna vez junto a una mesa en compañía de uno de estos grandes eruditos del brebaje? El mozo del café se ha acercado y espera vuestras órdenes. Vuestro compañero—que practica ostentadamente la inmoralidad del cocktail—ha echado una mirada para arriba y desde esta imponente postura tan indicada para las reflexiones hondas y los pensamientos graves, ha dejado escapar con íntima vanidad un nombre extraño e incomprensible. Es en verdad una cábala misteriosa que el mozo, viejo iniciado del mismo misterio, recoge con aire inteligente. Pero es preciso que vosotros también, a vuestro turno, pronuncéis en aquel templo del vicio la mágica palabra del iniciado. Y no sabéis decirlo. No sabéis siquiera elegirlo sobre las tablas sagradas donde está escrita en larga lista incomprensible. El mozo os mira, advierte vuestras dudas y sonríe con burla y con piedad. Sois entonces, por vuestra ignorancia, unas pobres y ridículas personas en la hora de la orgía. Y entre todos aquellos hombres, vosotros, con vuestra impremeditada virtud de primitivos, sois unos absurdos hombres con cola que quisierais, desesperados, volver a vuestro bosque. He aquí un grave dolor que nadie comprende: vivir con cola en la ciudad; ser, en la ciudad, simples, puros, ingenuos, como los hombres del bosque legendario.

José M. Monner Sans

En la izquierda

CUANTOS en nuestro país componen el sector de la izquierda discuten hoy acaloradamente la actitud que ante problemas sociales de indiscutible trascendencia, adoptan los distintos grupos de ese conjunto multicolor. Proviene las disputas—como en ciertas naciones europeas—de los numerosos matices advertibles en las fuerzas anti-conservadoras.

Nada más saludable, de seguro, que tal debate, siempre que los contendientes obren con sinceridad absoluta. Nada, empero, más doloroso que contemplar de qué modo intransigente se entra a luchar por el predominio de una tendencia cualquiera. Y aquí, en la Argentina, atravesamos ahora la zona peligrosa en que la brega dentro del aludido sector puede favorecer a quienes quieren perpetuar un sistema que legitima la explotación del hombre por el hombre. Todos coincidimos en el común propósito de servir los impulsos progresistas de las masas laboriosas, pero discrepamos en lo que atañe a las formas de preparar el advenimiento de un régimen económico más equitativo.

Algunos creemos, por ejemplo, que la función propiamente política será sólo coad-

yuvante; esperamos más de la acción uniforme de los sindicatos obreros. Los que así pensamos somos atacados por varios hombres del partido socialista en quienes nosotros reconocemos, no obstante—de más está repetirlo—probadas condiciones de carácter y manifiesta laboriosidad para llevar adelante la campaña emprendida contra las facciones personalistas, carentes de orientación fija, que actúan en la República. Sin embargo, no todos los socialistas nos combaten, y—bien lejos de lo que alguien supone—nosotros no somos enemigos del partido que alberga a tanta gente joven de méritos indudables. Es que, quizás, lo que más en él criticamos es la preocupación predominantemente electoral que, a veces, pone de manifiesto. Ello lleva a muchos socialistas a esperar todo del Parlamento. El Parlamento viene a ser la Providencia de estos nuevos místicos de la democracia. En lugar de creer en Dios—diremos parodiando a Chesterton—creen en el poder omnimodo del Divino Congreso Nacional.

Porque así expresamos nuestro íntimo sentir se nos tacha de cultivadores de un escepticismo elegante. Mas, ¡caso el Parlamento puede provocar en nosotros el resurgimiento del optimismo perdido?... La banca influye de manera evidente en determinados espíritus; por simple inconsciencia momentánea o por mal disimulada conveniencia llégase, en ocasiones, a traicionar el pregonado credo político. Hechos notorios y recientes así lo revelan, y no hemos de insistir al respecto.

Exijamos la libre discusión de las ideas, pero evitemos la saña propia más bien de la reyerta. Cuando se intente la defensa de intereses creados, sepamos distinguir el argumento sereno de la habilidad retórica o de la ingeniosidad chabacana. Desconfiemos de las patotas que tuercen la doctrina hasta amoldarla a sus particulares deseos. Es preferible perder puestos en el Parlamento—donde cada año la verbosidad nos ofrece su genuino producto: palabras, palabras, palabras—y no convertir un fuerte partido de ideas definidas en una vulgar facción de la politiquería criolla.

«No sé por qué los Gobiernos les pagan pensiones a las viudas de la Guerra y no se las pagan a las viudas de la Paz. Tampoco sé por qué obliga a pelear a todo hombre, no importa cuán rico sea y no se le obliga a trabajar en los mismos términos».

«El que un hombre que, por escrúpulos de conciencia, se resiste a ir al campo a matar a sus semejantes, deba ser perseguido y castigado con espantosa ferocidad, en tanto que el hombre que, sin escrúpulos de conciencia, se resiste a contribuir con su esfuerzo a la vida de los demás—a cojer el remo para empujar su parte de carga en la barca de la comunidad—deba al mismo tiempo ser respetado y alabado y ensalzado... es otro rompecabezas que yo renuncio a aclarar».

«Mientras más años tenga, más me inclinaré a creer que esta tierra ha sido dedicada por los otros planetas para refugio de monomaniacos y locos».

Bernard SHAW.



La enseñanza del patriotismo

por

C. A. López Blomberg

UN fenómeno natural de fácil comprobación, es el que nos ofrecen nuestra historia y nuestros historiadores—no personalizamos a pesar del distinguo—en sus referencias a las grandes figuras de la emancipación, y de la consolidación de nuestra nacionalidad.

Si no hubiéramos pasado por las aulas de nuestras escuelas, nos bastaría interrogar a cualquiera de los niños que hoy concurren a ellas para comprobar el grado de exageración a que ha sido llevado el sentimiento patriótico y el culto a la memoria de nuestros próceres, en los pequeños cerebros de los futuros ciudadanos. La «enseñanza del patriotismo», materia a cuya existencia en los programas de instrucción argentinos, aludiera irónicamente un ilustre extranjero, ha sido transformada, no sabemos si por exaltación morbosa de nuestros educadores o por exceso de celo, en «enseñanza de patriotismo», y no podemos menos que sentirnos perplejos al oír a los pequeños educandos del día, enunciar una admiración ilimitada hacia los próceres y prohombres del pasado. Y decimos perplejos porque no se trata de una admiración lógica inculcada racionalmente, sino de un culto parecido, en forma notable, al ficticio engendrado por las falsas hazañas de los grandes actores cinematográficos.

Oímos hablar a nuestros pequeños de los hechos gloriosos de nuestros guerreros como de actos únicos en la historia del mundo, jamás igualados y ni siquiera emulados. Nuestros militares han sido, para los chicos, estrategias geniales; nuestros políticos, estadistas de inmenso talento, y, ¡oh asombro!, virtuosos, supremos, impecables... Ninguno ha incurrido en el más leve de los errores, y a poco que nos interioricemos de los aspectos con que nos son presentados por sus biógrafos, nos convencemos de que estamos incurriendo en gravísima, imperdonable falta, al no solicitar plebiscitariamente la canonización en masa de nuestros próceres y prohombres.

Largo tiempo hemos cavilado sobre los orígenes de esas sublimes grandezas sin alcanzar motivos que justificaran el vibrante lanzamiento de un victorioso: Eureka!... Hemos aplicado todos nuestros conocimientos—desgraciadamente tan escasos—científicos y metafísicos a la dilucidación del problema, pasando del positivismo biológico de Lamarck, Darwin, Le Dantec y otros, al abismo sociológico de Durkheim, Ward, Engels, Seligman, etc., sin olvidar la filosofía de France ni el desmenuzador análisis de De Gourmont.

Nada de eso nos ha servido y hemos llegado, finalmente, a la conclusión de que cometíamos un lamentable error al buscar el origen de cosas que nos son propias en fuentes extranjeras. Y vaya una aclaración alentadora para nuestros fervientes apóstoles del patriotismo: se niega que constituyamos una nacionalidad netamente definida, aduciendo, al efecto, infinidad de razones indiscutiblemente sólidas; sin embargo, presentamos, a veces, aspectos individuales reveladores de una etnología propia y que nos consagran como seres de una psicología particular, con caracteres inconfundibles, cuya originalidad nadie podrá disputarnos, y de los que podemos y debemos mostrarnos orgullosos.

Por lo pronto, ya en el tema de que

nos estamos ocupando: «enseñanza del patriotismo», acusamos uno de esos rasgos tan nuestros. Luego, en las causas originarias de tal enseñanza, descubrimos infinitas características que pertenecen por entero a nuestra embrionaria nacionalidad, o, más bien, a nuestra raza en gestación. Nuestro glorioso pasado está tan cercano, que a la vuelta de cada esquina nos encontramos con media docena de descendientes, verdaderos o falsos, de los próceres y prohombres que durante él se destacaron; muchos de esos descendientes, nietos o cuando más biznietos, son potentados que ocupan lugares de privilegio en nuestro mundo financiero-político y en la incipiente aristocracia de nuestra sociedad. Desde esos lugares, que abarcan toda la escala,—del puesto público a la representación parlamentaria y de la cátedra al periodismo,—ellos imponen al buen pueblo las costumbres e ideas más convenientes a sus intereses particulares, y dirigen la marcha de la instrucción, encauzada en los límites de una admiración incondicional, no a los grandes hombres de que sinceramente puede enorgullecerse el país, sino a los abuelos de ellos. Y de ahí el origen de la «enseñanza del patriotismo» en nuestras escuelas, degenerada, sin esfuerzo ni oposición, en «enseñanza del patriotismo», por la fácil exaltación de la fantasía del niño, tan dada a magnificar los hechos, y por un mal entendido sentido de emulación entre los encargados de hacerla efectiva.

Un golpe inesperado

AL organizar ese carnaval clerico-gastro-nómico que se titula la Colecta—aunque el pueblo haga, graciosamente, anagrama del término,—los señores que aparecieron comandando las huestes de la reacción, contaron con la manifiesta cobardía de la gente que, a pesar de hallarse en posición desahogada, aún piensa. ¡Buen chasco se han llevado!...

Primero fué el doctor Alejandro Carbó con sus arremetidas a la Liga y a eso de «Pro Paz Social». Ahora es el doctor Juan Agustín García. Léanse, para comprobar lo afirmado, los siguientes párrafos de un artículo suyo aparecido en «La Prensa» del 30 de noviembre bajo el título de «Las transformaciones de la caridad argentina». Con ellos, el delicado autor de «La ciudad india», al granjearse el entusiasta aplauso de la juventud universitaria, logra provocar—lo que no es poca dicha—la escandalizada reprobación de los pobres de espíritu.

Y ahí van las palabras de ese culto espíritu, lector atento de Taine y de Renán:

«La caridad no es ya una relación de almas individuales, no depende de la sensibilidad, más o menos abotagada y enmohecida por la vida cómoda y confortable de las clases ricas. Es un deber del Estado, correlativo con un derecho del ciudadano. Como miembro de una sociedad, tiene derecho a la vida y a la salud, y el Estado, que encarna en sí el alma y la fuerza social, está obligado a dárselas. El agradecimiento del socorrido, sobra, está fuera de lugar; no tiene papel en la nue-

va fórmula. El cumplimiento de un deber social no es dádiva, ni beneficio, ni misericordia, ni puede depender de los sentimientos o creencias de cada uno, y es independiente de la fe religiosa. Y el ejercicio de un derecho no deprime al miserable, ni al enfermo moral o físico. Muy al contrario, puede acostarse en su cama de hospital con el mismo aplomo y altivez, con el mismo decoro del que se asiste en un lujoso palacio.

«Todavía estas ideas no han penetrado bien en el alma argentina, aunque trabajan intensamente dentro del concepto de la caridad para moderarlo. Pero ciertos hechos contemporáneos demostrarían también la supervivencia de los elementos arcaicos. La Gran Colecta, como las colectas coloniales, se basa en el miedo, y por eso, dentro de su mismo criterio, es una cualidad espiritual inferior. En otros tiempos, el religioso sugería el miedo del infierno, y los hombres, y en especial las señoras, ante esas perspectivas horribles de la vida de ultratumba, vaciaban sus bolsillos. Ahora actúa como medio de propaganda muy eficaz el miedo del régimen maximalista, un real infierno terrestre para pobres y ricos, y que parece más probable que el otro.

Se supone, y se enseña, que estas colectas voluntarias dispararán el peligro, apadrinadas por el sentimiento religioso, que, junto con la dádiva, trae el consuelo e infunde el espíritu de resignación, y habitúa a los hombres a refugiarse en ese eterno y misterioso más allá de la vida.

«Si se piensa que la complicación de las sociedades contemporáneas exige, aún para el cumplimiento de esas tareas de la asistencia, una preparación técnica muy seria y un conocimiento prolijo del país, de los hombres y de sus necesidades, y que semejantes funciones requieren para su acertado desempeño estadistas de gran capacidad... se reflexiona que el tiempo y el dinero se malgastan muy a menudo en nuestra Argentina. Estas agitaciones de la sensibilidad colectiva no son signos de que se haya afinado; más bien indicarían un cierto desequilibrio o incoherencia resultante del mismo factor, el miedo.»

Y el doctor García no es sospechoso: jamás se lo ha tenido por «avanzado...»

Carlesianas

La carta que publicamos a continuación, informa elocuentemente del ingenioso procedimiento de que se valen las autoridades de la Liga Patriótica, para constituir sus famosas brigadas. Fácil es suponer el extraordinario poder ofensivo de éstas cuando sus «plazas» son insuficientes para llenar los cargos de la C. D.:

Buenos Aires, 8 de Diciembre de 1919.— Señor Director de CLARIN. — Habiendo aparecido en «La Nación» y en «La Prensa» del día 5 del corriente, la noticia de que yo formo parte de la Comisión Directiva de la 6.ª Brigada de la Liga Patriótica, suplico a usted se sirva dejar constancia, en la revista que dirige, de que se ha hecho uso de mi nombre indebidamente, de que no pertenezco, ni he pertenecido, ni puedo pertenecer a la citada corporación, en razón de mis principios e ideas expuestas muchas veces verbalmente y por escrito, y, finalmente, que no permito a nadie se dé el gusto de hacerme aparecer ante la opinión pública como un Judas de mis propias convicciones.

Le saluda atentamente.

Horacio DOBRANICH.

La nueva juventud de Burguela

Paroxismo revolucionario

por

Amilcar Razori

Los mismos métodos

LA juventud de Burguela,—ese divino tesoro, fuente de pasiones, energías e ideales,—hasta ayer dormida en una somnolencia que amargaba el espíritu, iba adquiriendo, rápidamente, una honda conciencia de su verdadero papel dentro de la colectividad. Hasta entonces, fué una juventud estéril en obras, reaccionaria en propósitos, hueca en conocimientos y débil en arranques nobles. Sin aspiraciones elevadas, ni goces honestos, ocupaba en la sociedad el último sitio, porque hacía del cabaret su campo de lucha y de la patota su organismo. Enemiga de los libros, las ideas y la acción fecunda, no alimentaba otras satisfacciones espirituales que las que sintetiza una perfecta raya en el pantalón. Jamás conmovió su alma una actitud simpática, pues, cuando decidía accionar, eran las bibliotecas y centros obreros, las víctimas propiciatorias de sus impulsos. Se le llamó, por esto: «juventud del centenario», y al definirla así, todo está dicho.

Pero un conflicto interno en cierta Universidad anquilosada de Burguela, avivado por la terquedad y la insolencia de los conservadores, inició una nueva era en el idilio sinerasta de la juventud burguelense. Las corrientes renovadoras de Europa y una favorable predisposición del medio social, aceleraron este cambio, a influjos del cual, los centros estudiantiles, sus periódicos, el ambiente juvenil, modificóse por entero adquiriendo un agradable tinte rojo. Los jóvenes crearon múltiples organismos, fundaron publicaciones de toda índole, formularon declaraciones categóricas, participaron en cuantioso movimiento social, estallaba, acicatearon ignoradas y provechosas actividades, olvidaron las fiestas patrias, los goces mal-sanos y hasta los viejos símbolos e ídolos, para buscar en cambio la amistad del pueblo, cuyos ideales de redención participaron, y el odio de los conservadores, cuyos privilegios combatieron. De tal suerte se organizaban, pensaban y accionaban, en derredor de vagos principios de liberalismo. Comenzaron por hablar mal de los curas y terminaron despotricando contra los burgueses, acrecentando, en la tribuna y en la prensa, con furia inusitada, su frenesí revolucionario. La explotación capitalista, el clericalismo funesto, las reivindicaciones obreras, la revolución social, la literatura revolucionaria, en fin, suplantó, de este modo, a la aún fresca verborragia patriótica.

La juventud del centenario y esta nueva juventud avanzada, ofrecieron, entonces, un contraste profundo y simpático. Mientras aquella destruyó bibliotecas y vejó a los extranjeros, odiando a los trabajadores, ésta embestia contra todos los privilegios, repudiando a los retrógrados. Cambio de frente, halagador y elocuente, que aplaudieron y apoyaron, regocijados, sobre todo, los que siendo jóvenes, habían sufrido de la vieja juventud sus desprecios y sus ataques.

Sin embargo, justo es confesarlo, la nueva orientación y espíritu de los jóvenes burguelenses, no entraña una idéntica modificación en los métodos de lucha. El fin era distinto, bien es cierto, mas no así las armas y el criterio, pues, si aquella juventud del centenario creyó acabar con

los obreros asaltando sus locales y periódicos, ésta revolucionaria de los días que corren, presa del mismo entusiasmo, amenazaba con la muerte de todos los conservadores, creyendo que así terminarían todas las injusticias.

Dorada ilusión

El paroxismo destructor de las masas juveniles se volcó y concretó, por entero, en los innumerables periódicos y revistas, que surgieron y se multiplicaron a impulsos de semejante frenesí. A través de esa literatura, tan vaga como anodina, podía analizarse, con grande esfuerzo, el contenido y la finalidad del movimiento juvenil. Por sobre su vaguedad, flotaban ciertas modalidades comunes y curiosas, que estimamos útil destacar, en beneficio de los futuros historiadores de Burguela.

La lectura de cualquiera de esas publicaciones daba la impresión pavorosa de que mañana mismo, sin más trámites, se modificaba total y profundamente, la sociedad burguelense. El advenimiento de la nueva era, presentábase seguro, ineludible, fatal, matemático, a tal punto, que no faltaron jóvenes capaces de negar a los socialistas—los socialistas eran unos hombres que desde treinta años atrás venían haciendo las mismas cosas—el derecho de participar en la realización y hasta en los beneficios de la revolución social.

Lógico resultaba, entonces, que a jóvenes tan confiados, seguros y ciertos sobre la sociedad futura, poco les interesara la actual, vale decir, la realidad burguelense y escribieran, hablaran y discutieran, únicamente sobre Lenin, sobre el grupo Claridad, sobre la constitución rusa y cuanto «revolucionarismo» destilaban los telegramas. ¡Para qué ocuparse de Burguela desorganizada al extremo, atrasada hasta lo inconcebible, semibárbara en grado sumo? El milagro revolucionario corregiría todo eso en un santiamén.

Justo resultaba, además, que a jóvenes tan embebidos y dominados por su dorada, suave ilusión, les fuera lo mismo protestar platónicamente contra la iglesia y votar por los partidos conservadores que sostenían a la iglesia; defender a un periódico revolucionario y aceptar las pitanzas de un gobernador gaucho que deportó a los revolucionarios; recordar a Liebknecht y permitir los insultos contra Alberdi; ser, en fin, un perfecto revolucionario si se habitara en Rusia, pero un inconsciente reaccionario viviendo en Burguela.

Ni una sola cuestión social burguelense, era encarada y estudiada valientemente, desde aquellas tribunas de la juventud. Se gritaba muy fuerte contra los burgueses, curas y retrógrados; se anunciaban a plazos fijos profundos cambios sociales; se burilaba, en total, una excelente literatura roja, todo ello muy bonito, poco peligroso y hasta de buen tono; pero no se daban, ni ofrecían, claramente, los medios necesarios que terminarían con todas las injusticias, actualizando esa revolución.

La juventud de Burguela estaba conforme en ser revolucionaria, disputándose los sitios más extremos, y también estaba de acuerdo en que la revolución se acercaba, pero su acción negativa, contradictoria y

hasta contraproducente, demostró que ella no sabía cómo se hace la verdadera revolución.

Prosaica realidad

Los jóvenes de Burguela, comprendían perfectamente que era más revolucionario vociferar contra los capitalistas desde un cómodo escritorio de la metrópoli, que fundar cooperativas, pronunciar modestas conferencias, realizar, en fin, una paciente, silenciosa, pero metódica y segura labor constructiva, educando y preparando al pueblo burguelense. Entendían, además, que elogiando a Trosky, o felicitándose por los triunfos ajenos, o congratulándose ante todos los avances del proletariado europeo, ya el de Burguela entraría por la misma senda, obteniendo idénticas conquistas. La prosaica realidad burguelense era muy dura y muy triste, para ocuparse de ella, pues, ¡qué brillo, ni lucimiento se encontraba, pidiendo escuelas para los analfabetos; formando parte de un centro obrero; aprendiendo a administrar en las cooperativas; pronunciando conferencias ante el inculto proletariado del interior, contra la voluntad de caudillos y comisarios; desenmascarando a los gobernantes; discutiendo sobre presupuestos e impuestos; haciendo en total, una serie de obras mezzinas, reducidas, sin atiendo ni trascendencia!

Aunque el pueblo de Burguela era en su mayoría analfabeto, los jóvenes estimaban mucho más fecundo escribir para el mismo una literatura petrolífera, que no leer, antes que enseñarle a leer. Tampoco estaba organizado, política, económica y sindicalmente, pero la juventud, anunciándole la futura sociedad, vale decir, el cambio de organización, y sobre todo la aptitud para dicho cambio, lo haría todo de golpe. Los trabajadores de Burguela, insolidarios y reacios a la unión, no habían conseguido aún las ocho horas de trabajo, y los jóvenes ya los llevaban por el camino de la revolución. Y quién no halagara y adulara al pueblo, procediendo en esta última forma, defeccionaba para el criterio juvenil, hacía las filas conservadoras, pues, se era más revolucionario cuanto más se asegurase la futura revolución.

País semipoblado con diferentes razas antagonicas, algunos de cuyos grupos étnicos desconocían el idioma nacional, Burguela, no necesitaba literatura revolucionaria, sino acción revolucionaria: obra de todos los días, dolorosa y difícil, que los jóvenes no habían realizado nunca, ni llevaban miras de emprender.

Escepticismo

Así como ciertos jóvenes burguelenses conseguían conciliar el novecentismo con el maximalismo, así también otros vistieron su optimismo revolucionario con un elegante escepticismo. En cuestiones de política, por ejemplo, algunos mostrábase displicentemente incrédulos.

¡Ah la política corruptura y el parlamentarismo estéril! Ellos no querían saber nada al respecto, con profundo contento de los malos políticos, toda vez que esos jóvenes, no habían comprendido que la peor política, la más funesta, es la de no votar, así como el medio de defensa más peligroso es el de colocarse las manos en los bolsillos.

Esos jóvenes despotricaban contra los políticos confundidos a todos. Así «La Verborragia»—una de las tantas revistas—en su núm. 9, pág. 12, mientras halaga a aquel gobernante gaucho lamándolo «el Lenin burgalense», criticaba (pág. 7) duramente a un diputado del pueblo, que manifestara la necesidad de hacer hoy y aquí

la revolución. Y «La Verborragia» estaba en lo justo. Ese diputado, en unión de muchos hombres que pensaban y accionaban como él, venía desde años atrás—cuando Burguela era más que semibárbara—diciendo y practicando en todos los campos, sin dejar uno, los mismos principios que «La Verborragia» y la juventud recién descubría. El y sus camaradas luchaban por imponer una serie de conquistas verdaderamente peregrinas y muy poco revolucionarias. Así, por ejemplo, tenían la graciosa ocurrencia de pedir escuelas; ocuparse de impuestos y presupuestos para que los millones que gastaba el gobierno no los pagaran los trabajadores; pronunciar conferencias en todos los extremos del país, fomentando unos organismos que luego difundían esos principios; exigir la separación de la iglesia y el estado; trabajar, en fin por todas esas mejoras pequeñas e inútiles, donde no se veía por ninguna parte la revolución.

¡Miren que pedir la separación de la iglesia y el estado y la difusión del alfabeto y la ciencia, para vencer el obscurantismo! Eso no era revolucionario, como no lo era tampoco, hablar del azúcar, de la moneda, y demás pequeñeces, olvidando la expropiación, la confiscación, la revolución, con mayúscula y sin ella. ¡Nada de mínimo, sino lo máximo y con títulos nuevos, aunque la mayoría de los jóvenes y de los trabajadores fueran incapaces de obtener lo infimo!

Por estas razones era provechoso combatir a ese hombre inútil para el progreso social, aunque antes se hiciera lo mismo por peligroso al progreso social.

Conveniencia

Y semejante escepticismo sobre la política, que no era nuevo, tenía sus poderosos motivos. En Burguela, la clase dirigente, permitía el revolucionarismo en todo, menos en política. Los conservadores estaban sin cuidado, respecto de todas las manifestaciones disolventes, que no se reflejaran en ese campo. Ellos distinguían perfectamente entre hechos y palabras. Literato revolucionario había que, mientras fulminaba al gobierno y a los capitalistas, desde un poderoso órgano conservador, recibía en cambio los dineros del estado y el aplauso y sonrisa afectuosa de los mismos capitalistas.

Esta tolerancia de la clase dirigente de Burguela no podía ser más lógica, pues, los señores, como la iglesia de Inglaterra, perdonaban el ataque a 38 de sus 39 artículos de fe, que al 1/39 de sus rentas. Por eso permitían hablar mal del estado, siempre que no amenazaran entrometerse directamente con él actuando en política; fulminar la propiedad privada, siempre que no la atacasen con los impuestos; describir la sociedad futura, siempre que no impusieran las ocho horas; ensalzar la fuerza proletaria, siempre que no tocasen las leyes contra los proletarios. Además el escepticismo político sólo haría estrago en las filas de los trabajadores, nunca en la de sus mesnadas electorales que jamás leían... Que gritaran, fulminaran y execraran literariamente, no había peligro, pues, tanto se habían cansado, yendo a recostarse tranquilamente en el mullido lecho de los presupuestos infames...!

Y lo más curioso de este conveniente escepticismo político de algunos jóvenes burguelenses, residía en el hecho de que ellos admiraran, a cuanto revolucionario extranjero, no hizo otra cosa que política en su país. Aquel Lenin que para elogio de un gobernante gaucho recordara «La Verborragia», era un político en su medio, y el elogio mismo ya era un acto de la peor política...

... y hablar mal de la política también lo era...

Organización

El paroxismo revolucionario de la juventud burguelense entrañaba todas las virtudes y defectos de la misma juventud. Despertando rápidamente ante las nuevas ideas, los jóvenes se engañaron, creyendo en el milagro de la revolución. Nacían, precisamente, cuando los proletarios de Europa coronaban con profundos estallidos un largo proceso de emancipación, ausente en Burguela. Y creyendo en el efecto antes que en la causa, trataron de imitarlos.

Olvidaron, de este modo, que la revolución necesita fuerza, armas y método, para ser fecunda y los jóvenes carecían de armas, de fuerza y de método. Antes que preparar lo que deseaban, se dedicaron a anunciarlo, esperando tranquilamente su advenimiento, como el pueblo de Israel recibió el maná. En brazos de la dorada ilusión juvenil, descuidaron la dura y triste realidad burguelense.

Unas cuantas ideas claras y definidas, cierta orientación en la obra de todos los días y un poco más de responsabilidad, hacían falta a los jóvenes de Burguela. Puestos a hacer más y escribir menos, olvidando los rótulos y juzgando el revolucionarismo en la acción, ellos prestarían al progreso social de Burguela un empuje potente, sin adular al pueblo y ocupándose más de organizarlo, mejorarlo y capacitarlo. Entonces, si que podrían llamarse revolucionarios, aunque sus publicaciones hubieran desaparecido.

Amilcar Razori

Democracia

EN su país de origen, uno de aquellos imperios europeos que a pesar de los constantes avances de la civilización continuaban siendo inaccesibles al concepto mundial de la democracia, había oído hablar de la Argentina, como nación esencialmente republicana, habituada a las prácticas de la democracia, en virtud de que mediante el más acabado principio de libertad, habíase emancipado.

El, que tenía en su acervo individual arraigados conocimientos y ansias efectivas de vida más libre, más común y más humana, no dejó de pesar las perspectivas y de meditar sobre las ventajas morales que para sí y los suyos podría acarrearles el cambio de ambiente.

Debieron ser muy grandes, sin duda, los anhelos y muy puros los ideales, cuando venciendo todos los imaginables escrúpulos, abandonó un día sus lares y, con la familia a la vera, pleno de entusiasmo, aunque sin capital, lanzóse a la aventura de venir a nuestras playas.

—A la Argentina—decía en el viaje, hablando con los suyos,—país de libertad y de igualdad, según reza su Himno glorioso.

Llegó a Buenos Aires una mañana clarísima de sol, y a poco de desembarcado, queriendo tomar una impresión ocular de la ciudad, lanzóse por las calles. La primera satisfacción fué sin duda grande al forastero, desde que se admiraba de que resultaran tan insignificantes las formalidades que se le exigieran para poder de inmediato salir a la calle libre, como todos los demás, y como los otros habitantes dueños de disponer de sí, ir donde quisiera, alojarse a gusto, etc.

Pero duróle poco la alegría. En una bocacalle central vió detenerse un tren eléctrico; observó el coche motor y

hallólo más o menos como los europeos, mas al posar la vista en el segundo, leyó «Para obreros», y se puso pálido.

—¿Cómo?—pensó—. Con que en este país los obreros forman casta aparte? ¿Esta es la democracia? ¿Esta es la igualdad?

Y al regresar hacia el Hotel de Inmigrantes, donde aún estaba su familia, se decía:

—El obrero está aquí considerado en menos; tiene coche aislado para viajar; tal vez sea más económico el pasaje; pero, ¡y los empleados modestos! Estos, sin duda, tendrán reparo en viajar con ellos, para que no se les confunda, y en tal caso, ¿cómo han de poderse querer los proletarios del músculo con los del intelecto?

Al pasar por frente a un almacén de libros, ocurriósele adquirir un volumen de lectura infantil para el chiquillo, y lo obtuvo.

Pero ¡oh decepción! al recorrer sus páginas, detiene la vista ante una lámina en la que una «mucama» daba de comer a un niño, teniendo relación el grabado con el texto de lectura.

Y pensó el inmigrante:

—¿Qué manera de educar a los niños es ésta? Si aquí, como en todas partes, la inmensa mayoría de la población infantil proviene de hogares modestos; ¿qué habrá de pensar el pobre niño criado en el conventillo popular, al enterarse de que hay otros que disponen de servidumbre para todos sus cuidados? ¿Por qué no se hace figurar en el libro a las madres y no a las sirvientas?

Avido de vivir con independencia, salió en busca de habitación. Lo esperaba otra sorpresa.

En muchas partes de la ciudad halló locales apropiados; mas en todas, sin excepción, luego de enterarse de que tenía criaturas, se le hizo presente que las habitaciones sólo se alquilaban a personas mayores.

Amargado y entristecido, el inmigrante pensaba:

He aquí la forma de atentar contra la familia. ¿Es que así se estimula la expansión de la raza en este país? En qué concepto tendrá a la maternidad esta gente?

Aristides BELGRANO.

Las Revistas

Documentos del Progreso.—Meritoria revista quincenal dedicada exclusivamente a la difusión de los estudios, crónicas y documentos oficiales, relativos a la situación social y política de Rusia. Sus ocho números, aparecidos hasta la fecha, en cuidadosa presentación tipográfica, han de ser leídos con interés y provecho por todos aquellos que quieran opinar honesta y fundadamente sobre la Rusia del Soviet, que los diarios capitalistas de todo el mundo hánse empeñado, con explicable tesón, en difamar con peregrinos relatos. Destácanse, entre otros muchos valiosos trabajos, los escritos de Romain Rolland, Máximo Gorki, A. Lunacharsky, Miguel Puntervold, Anatole France, Victor Cyril, John Reed y una serie de interesantísimos documentos relativos a la organización del Soviet, a la legislación del trabajo, a las bellas artes y la instrucción pública y otras materias insospechadas para la buena gente que lee las crónicas publicadas por nuestros grandes rotativos.

L. V.

Subrayamos

Augusto Renoir

por

Juan de la Encina

Reproducimos hoy en nuestras columnas el estudio que acerca de la personalidad de Augusto Renoir, trazara el eminente crítico español Juan de la Encina, creyendo rendir así un digno homenaje al gran maestro recientemente desaparecido.

OTRO patriarca del arte moderno. Renoir, como Degas, ha asistido como actor y espectador a todos los movimientos y luchas más o menos enconadas de la inquietud sin término en que vive el arte francés desde el Romanticismo a esta parte. En el grupo de los llamados impresionistas Renoir se destaca con firme y delicado contorno. Si, en efecto, tomó y se dejó influir más que Edgar Degas por la técnica y teoría del impresionismo propiamente dicho, el del paisajista Claudio Monet, jamás se dejó arrastrar por la pendiente estrecha y dogmática por la que se deslizaron algunos de sus amigos, y, sobre todo, los epígonos de la tendencia. Las primeras obras que de él se conocen delatan claramente la influencia de Courbet: entran dentro de la corriente del realismo algo pesado del movimiento del año de 1848; y su entonación general es sombría. Por ellas sería imposible predecir al claro y fresco colorista que años más tarde creará las graciosas y sutiles armonías cromáticas que le ponen en la línea de los clásicos del color. Poco a poco, la paleta de Renoir se aclara y cobra esplendor, y ello lo hace bajo la égida de Delacroix. Hasta que, por fin, conoce a Claudio Monet, e influido por



«Danzarina»

el gran paisajista, acaba por rechazar las pesadeces colorísticas que había adquirido en su estudio de Courbet. Este le dió, en cambio, un sentido de la estructura corporal y de las construcciones sólidas que rara

veces simples y brillantes, por las variaciones infinitesimales de las gamas, por los grises de cambiantes rosáceos y azulinos, por la solidez de las figuras que al mismo tiempo parecen como condensaciones, como solidificaciones, del ambiente fluido y la mansa vibración lumínica que las envuelve.

En la obra de Renoir, como en la de Rodin, como en la de Degas, lo femenino tiene ancho campo: la mujer es tema principal. Mas su concepto o modo de sentir lo femenino es bien distinto del de los otros dos maestros. Como vimos, Rodin hace de la mujer un instrumento delicadísimo de pasión ardiente y fatal: el instinto amoroso tiene en ella un va-or de llama insaciable y voraz. Degas la ve con ojos de naturalista algo enamorado: está prendado de ella, pero



«Busto de mujer»

no deja por eso de ver y anotar con frío y transparente estilo sus tachas y hasta sus deformidades. En cambio, este Renoir siente pasión pagana por la mujer. Sus mujeres no son hogueras de pasión, no son tampoco seres reductores y malignos, haces de nervios prontos a toda clase de variaciones caprichosas del humor: son simplemente mujeres en la plenitud de la salud física y del desarrollo corporal. Psíquicamente, cuentan bien poca cosa. Corporalmente, son como frutos opulentos en sazón perfecta. Alguna semejanza tienen con las mujeres de Rubens. Pero solamente alguna. Po-que Rubens es un flamenco de buen apetito... en todo caso algo bárbaro. Y este Renoir es un francés lleno de salud y buen apetito... y en todo caso sensorialmente refinado. Se le ha comparado con Fragonard. Pero Fragonard tiene sensualidad y voluptuosidad de «petit maître», siglo XVIII puro, y en Renoir «el hombre de la naturaleza» le libra y limpia del moroso y muelle erotismo ciudadano. Son, pues, estas mujeres de Renoir (hablamos particularmente de las «Baigneuses») de una especie particular en el arte, porque si apuráramos nuestro análisis y comparación con las de otros maestros de lo femenino, siempre hallaríamos un importante acento diferenciador.

Lector, si simpatiza Vd. con la acción que «CLARIN» representa, contribuya a ella, suscribiéndose a la Revista o asociándose al Ateneo Universitario.

Todo pedido de suscripción, deberá venir acompañado del importe correspondiente.

Ediciones "Virtus"-Florida 32
U. T. 3894, Av. - Buenos Aires

CeDInCI



ab imo
péctore

Cooperativa Artística

Materiales finos para artistas.

Grabados, aguafuertes y mode-

los. - Marcos de estilo. :: ::

Artículos generales para inge-

nieros, arquitectos y dibujantes.

Copia para planos. :: :: ::

CORRIENTES 641-47

U. T. 2858 - Avenida